

mitón. Y tén cuidado : no sea que se arroje sobre tí de repente y te mate desarmado. No es caballero sino villano.

*
* *

Entonces el guerrero llamó : — ¡ Oh hijas del Alba y siervas del Lucero Matutino ! Venid , y armadme pronto. — Y en el mismo instante salieron del pabellón , con los piés desnudos y la cabeza descubierta , tres hermosas muchachas lindamente vestidas de rosa y oro ; sus blanquísimos piés brillaban entre la yerba cubierta de rocío , y su cabello todo , cubierto no sé si de gotas de rocío ó de joyeles , resplandecía como resplandecen las lentejuelas de oro en la piedra venturina. Acercándose al caballero, las doncellas le pusieron una armadura azul, y le dieron un escudo, azul también, en el cual se veía la estrella de la mañana. Y Gareth contemplaba en silencio al guerrero, quién antes de montar á caballo estuvo de pié un momento como gloriándose en su bello atavío ; y á sus piés, en las límpidas aguas del río, brillaban mezclados con el azur del cielo el brillante pabellón, y los piés desnudos, y los vestidos de rosa y oro, y la armadura del guerrero, y la fulgente estrella de su escudo.

*
* *

En aquel momento , la doncella , que estaba observán-

dole, le dijo: — ¿Qué haces así con la vista clavada en él? Veo que estás temblando de miedo; pero aun es tiempo; huye antes de que monte á caballo. Nadie dirá que la huida te deshonra, pues no eres caballero sino villano.

*
* *

— Villano ó caballero, — contestó Gareth, — mucho más quisiera pelear una veintena de veces, que oírte ultrajarme de ese modo. Mejor sería que para el que por tí combate tuvieses buenas palabras. Pero no; mejor es, en verdad, que tus palabras sean injuriosas, pues ellas hacen arder mi sangre de cólera, y me comunican una fuerza tal, que estoy seguro de derribarle.

*
* *

Y el de la estrella, que estaba ya á caballo, gritó desde el puente: — ¡Un marmitón, y enviado para hacer befa de mí! Yo no peleo con un villano de esa especie, sino que me contento con mofarme del que de mí quiere mofarse. Porque ciertamente, vergüenza sería hacerle más daño que ponerle á pié, y tomar su caballo, y de ese modo enviarle al rey. Vamos, pues; deja á esa dama, villano. Huye; pues no parece bien que un villano como tú cabalgue junto á una dama tan principal.

*
* *

— ¡Mientes, perro! Procedo de más encumbrada alcurnia que tú. — Dijo; y al mismo tiempo los dos partieron con la rapidez del rayo, y chocaron en el centro del puente, y ambas lanzas se encorvaron mas no se quebraron, y los dos caballeros fueron al mismo tiempo lanzados como por una catapulta, por encima de la grupa de sus caballos; y cayeron en tierra como muertos; pero se levantaron con presteza y desenvainaron las espadas, y Gareth enviaba con la suya á su enemigo tan furiosos y redoblados golpes, que le rechazó hasta más allá del puente. A todo esto la doncella gritaba: — Bien dado, marmitón, — hasta que por fin el escudo de Gareth fué hendido; pero casi en el mismo instante, un tremendo mandoble de Gareth tendió á sus piés al que lo había hendido.

*
* *

Entonces el caído gritó: — No me mates; me rindo. — Y Gareth dijo: — Si esta doncella me lo pide, dispuesto estoy á hacerte merced de la vida. — Ella al oír estas palabras, púsose encendida como la grana, y exclamó: — ¡Insolente marmitón! ¿Yo suplicarte? ¿Yo pedirte un favor? — Entonces morirá. — Y Gareth desató el yelmo de su enemigo, como para matarle. Pero ella gritó: — ¡No seas tan osado, marmitón, que mates á uno más noble que tú! — Doncella; si gustoso hubiese accedido á tu ruego, tu mandato es para mí el cúmulo del placer. Ca-

ballero, á ella debes la vida, pues por órden suya te la concedo. Levántate y sin demora alguna encamínate á la córte de Arturo, y dile que su mozo de cocina te ha enviado. Ten cuidado de implorar su perdón por haber quebrantado sus leyes. Yo mismo, cuando vuelva, he de interceder por tí. — Tu escudo me pertenece. Adiós! — Y tú, doncella, guía, que yo te sigo.

*
* *

La joven huyó con la rapidez del viento. Y cuando Gareth la hubo alcanzado, le dijo: — Me pareció, villano, que mientras peleabas en el puente, el olor de cocina que despides llegaba á mis narices mucho menos fuerte; pero ahora el viento ha cambiado, y lo huelo veinte veces más. — Y como Gareth no dijera una palabra, ella cantó:

*
* *

— ¡Oh Lucero Matutino! — no ese fuerte bribón á quien tú por medio de algún hechizo ó de alguna treta, ó simplemente por infelicidad suya, has derribado villanamente; — ¡Oh Lucero Matutino que sonríes en el azur del cielo! ¡oh estrella! mi sueño matinal se ha realizado. Sonríe dulcemente, hermosa estrella, pues también mi amor me ha sonreído.

*
* *

Pero tú sigue mi consejo y márchate, pues aquí cerca hay uno que guarda un vado, — el segundo hermano en su necia parábola del Día y de la Noche, — y si sigues adelante verás como él te paga todo tu salario y aun algo más. Huye, pues, y no te importe la vergüenza que pueda haber en ello; no eres caballero sino villano.

*
* *

Rióse Sir Gareth, y dijo: — ¿Hablas de parábolas? Escucha, pues, una parábola del villano. Cuando yo servía en las cocinas del rey, sucedió que un día uno de los marmitones mis compañeros, no pudiendo soportar el calor del fogón, se quitó el sobretodo y se lo dió á guardar á un perro gruñón que tenía, diciéndole: — «Guárdalo.» Y no hubo nadie que se atreviera á quitárselo. Ahora bien; tú eres el sobretodo que el rey me ha dado á guardar, y yo soy el perro fiel que antes de huir se dejará hacer pedazos. Y además, caballero ó villano, yo creo que el villano que te sirve como un caballero, vale tanto como un caballero cualquiera para poner en libertad á tu hermana.

*
* *

¡Ah, don Villano! Verdad es que, no siendo más que un villano, peleas como un caballero; pero por eso mismo te aborrezco mucho más.

*
* *

— Yo creo, hermosa doncella, que debieras respetarme tanto más cuanto que, no siendo más que un villano, hago morder el polvo á tus enemigos.

*
* *

— Sí, sí, dijo ella; pero ya hallarás la horma de tu zapato.

*
* *

El mugido del agua entre los peñascos les anunció la proximidad del vado, al cual ya no tardaron en llegar. Entonces vieron, al otro lado de la espumosa corriente, y á caballo en un alazán enorme, un caballero de gigantesca estatura y de formas verdaderamente hercúleas, enteramente cubierto de malla, tan bruñida que deslumbraba su resplandor. Era el Sol del Mediodía. Cual si aquella florecilla de oro que al marchitarse se adorna con un globo formado de innumerables flechecillas, se hubiese hecho diez mil veces mayor, brillaba como un sol el fuerte escudo; y tanto y tan fijamente lo miró Sir Gareth, que cuando por fin apartó de él los ojos, parecióle tener en ellos movibles manchas negras que casi le cegaban por completo.

*
* *

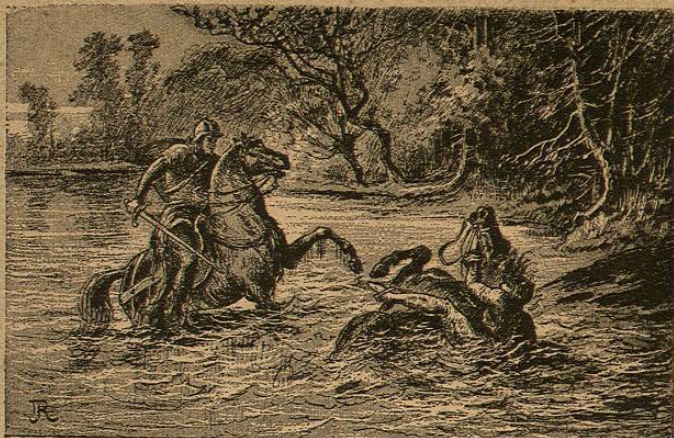
Dominando el mugido de las aguas, se oyó la atronadora voz del defensor del vado. — ¿Qué haces aquí, hermano? ¿Porqué has abandonado tu puesto? — Y la doncella, esforzando la voz cuanto le fué posible, le dijo: — Aquí tienes un marmitón de Arturo, que ha vencido á tu hermano y que por eso lleva sus armas.

*
* *

— ¡Uf! — gritó el Sol, y bajando la visera del yelmo se cubrió su redondo y abultado rostro, que se hubiera tomado por la verdadera efigie de la bobería, é hizo entrar en el vado á su corcel. Hizo lo mismo Gareth, y se encontraron en la mitad del río; y como no había allí espacio para manejar la lanza y hacer alarde de hábiles justadores, solo se dieron cuatro golpes con la espada, si bien es justo añadir que fueron muy fuertes. El novel caballero temió ser vencido; pero afortunadamente para él, en el momento en que el Sol alzaba su ponderoso brazo para herirle, resbaló su caballo y dió con él en el río, siendo arrastrado por la corriente.

*
* *

Entonces Gareth tendió la lanza á través del vado, y de ese modo le sacó á la orilla; pero él, que no quería seguir peleando, pues al caer las rocas le habían magullado los huesos, se rindió; y Gareth le envió á la córte de



Arturo, diciendo: — Yo mismo, cuando vuelva, intercederé por ti! — Y volviéndose á la doncella, añadió: — Guía, que yo te sigo. — Ella, sin contestarle, guió lentamente. — ¿No ha venido otra vez el buen viento, doncella? — No, no; ni por un instante. Además, en este caso no has sido vencedor. Hay en el vado una roca de pizarra, y su caballo tropezó en ella. Lo he visto muy bien.

*
* *

¡ Oh Sol! — cantó la jóven. — No ese fornido idiota á quién tú, don Villano, has derribado por mera infelicidad suya. — ¡ Oh Sol, que despiertas á todos y les vuelves al placer y al dolor! ¡ Oh luna, que á todos vuelves á enviar el sueño y el olvido! ¡ Brillad dulcemente! Dos veces me ha sonreído mi amor.

*
* *

¿ Qué sabes tú de amor, ni de canciones amorosas? Con todo, la verdad es que, como si fueses de noble linaje, tienes muy agradable presencia. Sí; tal vez.....

*
* *

¡ Oh aljofaradas flores que os abris al calor del Sol! — ¡ Oh aljofaradas flores que os cerráis cuando el día termina! ¡ Floreced dulcemente! Dos veces me ha sonreído mi amor.

*
* *

¿ Qué sabes tú de las flores como no sea adornar los platos con ellas? Nuestro buen rey, que en tu persona me ha dado la flor de la cocinería, no tiene una loca afición á las flores? ¿ Qué pones al rededor de la empanada? ¿ Con qué adornas la cabeza del jabalí? ¿ Con flores? No; el jabalí se adorna con romero y laurel.

*
* *

¡ Oh pájaros que trináis saludando á la aurora! ¡ Oh pájaros que trináis cuando el día se vá! ¡ Cantad dulcemente! Dos veces mi amor me ha sonreído.

*
* *

¿Qué sabes tú de pájaros; qué sabes tú de la alondra, de la malvía, del mirlo y del pardillo? En qué piensas tú cuando, al amanecer, dejan ellos oír su dulce canto, que vá elevándose poco á poco con la creciente luz? ¿Qué piensas tú cuando oyes aquella dulce música, aquel himno de adoración al sol? Estos son muy buenos para el lazo, — te dices, — y después para el asador, después de bien mechados, se hace gotear sobre ellos en abundancia la manteca. Me parece que ya has mechado el último, como no sea que vuelvas la espalda y huyas. Ahí está el tercer tonto de su alegoría.

* * *

En efecto, allí, al otro lado de una puente de tres ojos, estaba en pié, y al parecer enteramente desnudo, el caballero que á sí mismo se apellidaba el Lucero Vespertino. Su cuerpo, admirablemente retratado en las sosegadas aguas del río, tenía el color rojo de aquellas nubes que algunas veces suelen verse hacia el Oeste á la puesta del Sol.

* * *

Al verle, Gareth dijo á la doncella: — ¿Porqué está ese loco enteramente desnudo en pleno día? — No, — dijo Lynette; — no está desnudo, sino envuelto en una piel endurecida, que se adapta á su cuerpo tan perfecta-

mente como la suya propia. Y aunque logres hender su armadura, esa piel es tan dura que contra ella se embotará tu espada.

* * *

Oyóse entonces la voz del tercer hermano, que decía: — ¡Oh hermano Estrella! ¿Porque brillas aquí? ¿Porqué has abandonado tu puesto? ¿Acaso has muerto al campeón de la doncella? — Y la doncella gritó:

* * *

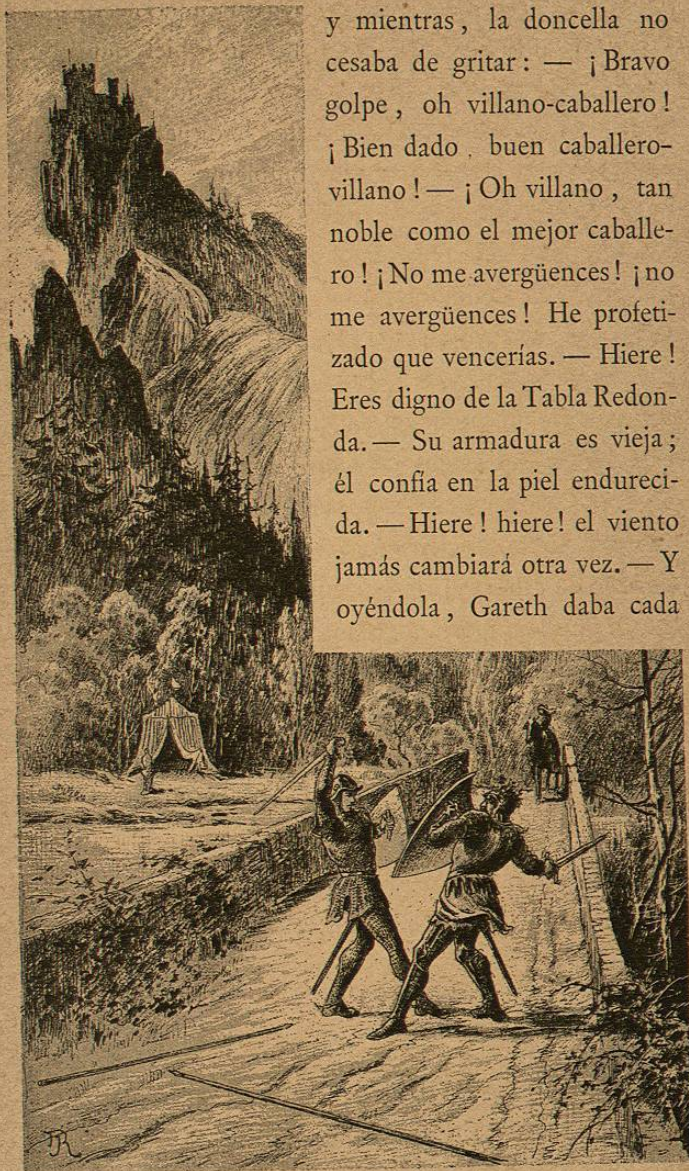
— Esta estrella no es tuya, sino disparada del cielo de Arturo, para ruína de los tuyos y para tu propia ruína. Porque ya tus dos hermanos mas jóvenes han sido derribados por este muchacho, y la misma infausta suerte te aguarda, señor Lucero Vespertino. ¿No eres viejo?

* * *

— Viejo soy, sí, doncella; viejo y duro; viejo con la fuerza y el aliento de veinte muchachos. — Y dijo Gareth: — Viejo, y con demasiado valor en la lengua. Viejo y fanfarrón. Pero el mismo brazo que derribó al Lucero Matutino, derribará también al Vespertino.

* * *

En aquel instante se oyó el bronco y terrible sonido de un cuerno. Era el Lucero Vespertino que llamaba á su servidora. — Venid y armadme; — dijo, al ver que de su rojizo pabellón, cubierto de manchas y ya muy deteriorado por el viento y la lluvia, salía, sin darse mucha prisa, una dama cuyos cabellos empezaban á encanecer, y en cuyo rostro se veían algunas arrugas. Llegándose al Lucero, la dama le puso una vieja armadura, y luégo le trajo un yelmo con una cimera de siemprevivas que empezaban á secarse, y un escudo en el cual, en parte deslustrada y en parte brillante, se veía la estrella de la tarde. Pero en cuanto la estrella brilló sobre el arzón, ambos jinetes corrieron á encontrarse en el puente, en medio del cual chocaron; y Gareth derribó á su enemigo, y apeándose, sacó la espada, y se arrojó sobre él, que también había desenvainado la suya. De nuevo Gareth derribó á su enemigo, pero éste se levantó enseguida, no de otro modo que la llama que baja y sube casi instantáneamente. Y tantas veces como Gareth le derribaba, otras tantas se ponía él en pié al momento, como movido por un resorte; tanto que Gareth estaba ya jadeante de fatiga, y su gran corazón empezaba á sufrir, temiendo que todo su trabajo fuese en vano. Como el que á consecuencia de una vida desarreglada se vé lleno de achaques, y que ya llegado á la mas triste edad, se esfuerza en combatirlos pero en vano, pues ellos se alzan cada día más pujantes y le gritan: — «Tú nos has hecho señores, y no puedes vencernos;» así también Gareth parecía pelear en vano;



y mientras, la doncella no cesaba de gritar: — ¡Bravo golpe, oh villano-caballero! ¡Bien dado, buen caballero-villano! — ¡Oh villano, tan noble como el mejor caballero! ¡No me avergüences! ¡no me avergüences! He profetizado que vencerías. — Hiere! Eres digno de la Tabla Redonda. — Su armadura es vieja; él confía en la piel endurecida. — Hiere! hierel el viento jamás cambiará otra vez. — Y oyéndola, Gareth daba cada